

Aunque en algunas ocasiones el término cuerpo se refiere a la persona física, en el lenguaje de la teología católica: «No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Vos a formar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una metáfora? ¡Jamás!» (1 Cor 6,15).

Igualmente hemos de recoger otro texto en el que el pensamiento del cuerpo se encuentra aplicado a Cristo. El cuerpo del cuerpo es uno y tiene muchos miembros y cada uno como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y cada uno

La Doctrina Paulina del Cuerpo de Cristo centro de la espiritualidad sacerdotal

que los miembros son Cristo. El cuerpo de Cristo. Habla el Apóstol de la relación del cuerpo — una — con los miembros miembros y

A) *El pensamiento paulino acerca del Cuerpo de Cristo, según las varias explicaciones católicas* (*).

1) *Los textos mismos*. Hallamos que Cuerpo de Cristo es empleado en tres sentidos por el Apóstol:

a) *Cuerpo de la cruz y de la resurrección*. Es decir, Jesucristo mismo que entregó su vida corporal por los hombres: «[Cristo] os ha reconciliado por su cuerpo de carne mediante la muerte» (Col 1,22).

Por este Cuerpo ha procurado Jesucristo a los hombres liberación de la ley (Rom 7,4), reconciliación (Col 1,22) y santificación (Hebr 10,10).

El Cuerpo de Cristo está concebido como el medio o el lugar de la salvación.

Por la resurrección se convierte este cuerpo en «cuerpo de gloria» (Phil 3,21), en «cuerpo espiritual» (1 Cor 15, 44-45).

b) *Cuerpo de la Eucaristía*. El «Cuerpo de Cristo» de la Eucaristía (1 Cor 10,16) es el «Cuerpo» del Señor que fue entregado por los hombres (cf. 1 Cor 11,24), y del cual se hace reo el que lo come indignamente (1 Cor 11, 27,29).

Es, pues, el mismo Cuerpo de Cristo crucificado, en el estado propio de la Eucaristía; nosotros lo llamaríamos cuerpo sacramental.

c) *Cuerpo de Cristo referido a los muchos, la Iglesia*. Los textos son los siguientes:

«En efecto, así como nuestro cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros..., así nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, y cada uno, por su parte, somos miembros unos de otros» (Rom 12,4-5). «Siendo uno solo el pan, todos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de un mismo pan (1 Cor 10,17). «Pues todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para formar un cuerpo...» (1 Cor 12,13). «Pues bien; vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno miembros» (1 Cor 12,27).

Aunque no mencione el término «cuerpo», se refiere San Pablo a esta misma concepción en el pasaje de la pureza cristiana: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz? ¡Jamás!» (1 Cor 6,15).

Igualmente hemos de recoger otro texto, en el que el pensamiento del cuerpo se encuentra aplicado a Cristo: «Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de su multiplicidad, son un solo cuerpo, así también Cristo» (1 Cor 12,12). (Cf. 1 Cor 1,13).

En las cartas a los Romanos y a los Corintios dice S. Pablo que los muchos son Cristo, el cuerpo de Cristo. Habla el Apóstol de la relación del cuerpo — uno — con los muchos miembros, y de los miembros entre sí.

Las cartas de la cautividad, Efesios y Colosenses, presentan otro matiz en la concepción paulina.

«La Iglesia es cuerpo de él [Cristo], el pleroma del que lo llena absolutamente todo» (Eph 1,23); «Organizando así los santos para el ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo (Eph 4,12). «Porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, el salvador de todo el cuerpo» (Eph 5,23). «El es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia» (Col 1,18).

Los otros pasajes son: Eph 2,16; 3,6; 4,4.16; Col 1,24; 2,19; 3,15.

La concepción de Cristo Cabeza es expuesta en los pasajes que acabamos de transcribir y en Eph 1,22; 4,15; Col 2,19.

Junto a las ideas que habíamos encontrado en las Cartas a los Romanos y a los Corintios, aparece además en las Cartas de la cautividad la designación expresa de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, y se acentúa la relación entre Cristo Cabeza y su Cuerpo, que es la Iglesia.

II. Diversas explicaciones católicas.

1) En el conjunto del pensamiento paulino.

a) La opinión más corriente hasta hace pocos años da a Cuerpo de Cristo, un sentido colectivo: el cuerpo sería la colectividad como tal, el collegium christianorum, la Iglesia.

La mayor parte de estos autores afirma que Cuerpo de Cristo designa la colectividad de los cristianos unida a Cristo, formando «el Cristo total». Algunos irían más lejos, contradistinguiendo un Cristo místico (o un cuerpo místico de Cristo) del Cristo personal (o del cuerpo físico de Cristo).

Se atribuye esta concepción a San Agustín, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás. Actualmente la defienden: F. Prat, E. Mersch, Allo, Huby, Wikenhauser, Zapelena, Dacquino ...

b) Hay otros autores recientes para quienes Cuerpo de Cris-

to designa, o al menos connota siempre, el cuerpo *real* de Cristo, el cuerpo *físico*, el Cristo personal.

Cerfaux, su principal representante, escribe: «Este cuerpo de Cristo, con el cual se hace la identificación mística, digámoslo una vez más, no es otro que el cuerpo real y personal que ha vivido, que ha muerto, está glorificado y al cual está identificado el pan en la eucaristía. Los cristianos se identifican a este cuerpo de una manera muy real, aunque todavía mística, en la Eucaristía, y de otra manera por el bautismo. Identificados a este único cuerpo, son uno entre ellos, todos «uno» por referencia al mismo cuerpo de Cristo» (1).

En esta misma línea se hallan Goossens, J. Dupont, J. Cambier, Mussner, J. E. Percy, P. Benoit y otros. Benoit ha retractado su postura anterior, para adherirse a la tesis de Cerfaux (2).

c) *Opinión media*. Simultáneamente aparecen varios Autores que tratan de explicar la noción paulina en función de los datos del Antiguo Testamento.

Recordemos a J. De Fraine, quien aplica al «cuerpo de Cristo» de San Pablo la concepción de la «personalidad corporativa» (3), y a J. Luzzi, que, analiza la terminología semita del Apóstol y acepta la misma idea de la personalidad corporativa (4).

Poco antes R. Ph. Sheed, en una tesis defendida en la Universidad protestante de Edimburgo, acude al concepto de «solidaridad», de la colectividad como un todo concreto y vivo (5), aunque tal vez no conceda suficiente importancia al papel individual y personal de los miembros dentro de la colectividad.

Para entender la noción de personalidad corporativa, bastará reproducir aquí las cuatro características, establecidas por H. Wheeler Robinson, como las refiere De Fraine (6)

El horizonte de la personalidad corporativa sobrepasa el momento presente, para extenderse igualmente al pasado y al porvenir.

Se trata de una concepción eminentemente realista, que trasciende la personificación puramente literaria o idealizadora, haciendo del grupo en cuestión una entidad real, enteramente actualizada en cada uno de sus miembros.

La noción es extremadamente fluida, en el sentido de que el espíritu humano pasa por transiciones rápidas, a veces apenas se-

(1) L. CERFAUX, *La théologie de l'Eglise suivant saint Paul* 2. París 1948, 212.

(2) Cf. *Revue Biblique* 63 (1956) 7-8, notas (reproducido en *Exegèse et Théologie* (1961) 2, 109. 111).

(3) Adam et son lignage. *Etudes sur la notion de «personnalité corporative» dans la Bible*. 1959, 202-217.

(4) *La noción paulina de SOMA...* por ej. 97-99.

(5) *Man in Community. A Study of St Paul's Application...* Londres 1958.

(6) *Adam...* 18.

ñaladas, del aspecto individual al colectivo o del colectivo al individual.

La idea «corporativa» finalmente, persiste aún después de una fase nueva, que exalta al individuo.

La aplicación al «Cuerpo de Cristo» sería que este término encierra a la vez una referencia al Cristo personal, a su cuerpo real y físico, y una visión de la pluralidad organizada de los fieles, que forma parte del Cristo real e histórico, en la perspectiva de la personalidad corporativa.

Es intermedia esta opinión, en cuanto que admite de algún modo con la explicación más tradicional un sentido colectivo de cuerpo, y con la sentencia de Cerfaux defiende una relación del cuerpo de Cristo que son los fieles a la persona misma real e histórica de Jesucristo. Así en la frase: «Porque como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros... así también Cristo» (1 Cor 12,12), el término Cristo sería individual (como quiere Cerfaux) y a la vez colectivo (como prefieren los más de los Autores de la opinión más tradicional).

2) *En la relación cuerpo-cabeza.* El problema se presenta con ocasión de varios textos de las cartas de la cautividad. Según muchos Autores, San Pablo concibe aquí el cuerpo truncado, y Cristo es la cabeza fisiológica de ese cuerpo; el Cristo entero sería, pues, El más la Iglesia, su cuerpo, en una concepción orgánico-fisiológica, más propia del mundo helenista. En cambio, otros Autores creen que San Pablo es fiel a la noción semita de cabeza, y que de ningún texto se prueba que cabeza, dicha de Cristo, tenga otro sentido que el moral de primacía.

B) *La enseñanza paulina y la espiritualidad sacerdotal.*

I) *Perspectiva cristiana.* Nos limitamos casi a enunciar las aplicaciones espirituales que esta doctrina del Cuerpo de Cristo encierra para todos los fieles.

1) En la explicación que hemos señalado como la más corriente resaltan principalmente estas ideas:

La unidad que debe existir entre todos los cristianos, pues el cuerpo no es un miembro sino muchos, y no puede haber cisma en el cuerpo (cf. 1 Cor 12, 12-27).

La ayuda mutua, que consiste en interesarse unos miembros por otros en participación de penas y de alegrías (cf. 1 Cor 12, 25-26), pero que también lleva consigo la ayuda efectiva al miembro necesitado.

La subsidiaridad mutua, conscientes de que los miembros necesitan unos de otros en el cuerpo (cf. 1 Cor 21-25).

El sentido cristiano de esta unión, ya que la razón de formar este cuerpo no es una vinculación natural de unos con otros sino el ser todos de Cristo, y formar por ello el cuerpo de Cristo.

La humildad para no envanecerse por el puesto que se ocupa

en el organismo, ya que Dios es el que libremente ha repartido los varios miembros en el cuerpo (cf. 1 Cor 12,18; Rom 12,3-5.6,8), y a la vez para no avergonzarse aquel a quien ha tocado ser parte menos noble del todo (cf. 1 Cor 12, 22-23).

El recibir y vivir la gracia del Salvador no en ambiente individualista sino comunitario y eclesial, porque somos todos miembros del cuerpo.

El valorar el sacramento del bautismo como incorporación al cuerpo de Cristo (cf. 1 Cor 12,13), y el de la Eucaristía como su consumación (cf. 1 Cor 10, 16-17).

La perfecta solución de la difícil dialéctica de lo individual y de lo común.

La armonía entre lo invisible y espiritual de la Iglesia, que es Cuerpo de Cristo, con lo visible y jurídico: San Pablo desarrolla esta enseñanza sobre el Cuerpo de Cristo en relación también con los diversos oficios visibles de la Iglesia (cf 1 Cor 12,28).

2) Las explicaciones de Cerfaux y de los Autores que defienden la personalidad corporativa incluyen las ideas anteriores, y destacan además otras.

La más saliente es la de una verdadera identificación con Cristo, aunque la persona del cristiano conserva el autodomínio de sus actos y la propia responsabilidad.

De ahí que la santidad del creyente bien pueda llamarse crística, conforme a la concepción paulina de que nuestros miembros son miembros de Cristo (cf. 1 Cor, 15-19).

De ahí igualmente, una orientación total hacia Cristo; el motivo de la santidad cristiana no es un buscar la perfección propia sino el dejar vivir a Cristo en el propio ser. La identificación con Cristo produce una confianza nueva en Aquél del cual uno se siente miembro, una fe más vivida en la muerte y resurrección del Señor, y a la vez mayor fe en la propia resurrección corporal.

Con nada queda tan valorado el cuerpo del cristiano como con el haber llegado a ser miembro real de Cristo.

El papel que San Pablo atribuye al Espíritu en la vida del cristiano recibe su plena justificación, si hemos comprendido la identificación con Cristo: el Espíritu del Señor es el que ha de mover nuestra vida.

La Iglesia es manifestación y prolongación de Cristo; con toda razón puede ser llamada sacramento de Cristo.

El señorío de Cristo, Cabeza, es absoluto sobre su Cuerpo, que es la Iglesia, y a través de este su Cuerpo, que es también su plenitud (cf. Eph 1,23), el señorío de Cristo adquiere un carácter enteramente cósmico (cf. Col 1, 16-20).

II. *Perspectiva específica del sacerdote.*

Hemos enunciado nuestro tema expresando que la doctrina paulina del Cuerpo de Cristo es *el centro* de la espiritualidad sacerdotal. Esto quiere decir que en el sacerdote concurren elementos particulares que hacen aún más apremiante en su vida la enseñanza del Cuerpo de Cristo. Procuraremos no apartarnos del mundo de las ideas de San Pablo.

1) *El sacerdote como liturgo.* Según la carta a los Hebreos: «Todo pontífice escogido de entre los hombres es constituido en favor de los hombres, cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados» (Hebr 5,1).

La vocación del sacerdote en cuanto tal es para bien de los demás, e incluirá este pasaje el matiz tan propio de la concepción de los miembros del cuerpo: «capaz de ser indulgente... dado que también él está cercado de flaqueza, razón por la cual debe por sí mismo no menos que por el pueblo ofrecer sacrificios por los pecados» (Hebr 5,2-3).

Un fin muy principal del sacrificio es purificar y santificar, como lo hizo definitivamente el sacrificio de Cristo (cf. Hebr 9,13-14). Esta santificación que opera Cristo es, según la enseñanza de San Pablo, ante todo santificación del Cuerpo, de la Iglesia: «Los varones amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla...» (Eph 5,25).

El sacerdote, por tanto, que parte el pan y bendice el cáliz de la bendición (cf. 1 Cor 10,16) en verdadero sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo (cf. l.c., y v. 21), ha de ofrecer este sacrificio en primer lugar por la Iglesia santa, por el Cuerpo de Cristo.

Pero existe otra razón aún más íntima. Este pan uno de la Eucaristía es el que nos hace un cuerpo: «Siendo uno solo el pan, todos formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de un mismo pan» (1 Cor 10,17).

Hemos de afirmar que el sacerdocio, en cuanto liturgia, se halla enteramente centrado en el Cuerpo de Cristo, y de ahí que la espiritualidad litúrgica del sacerdote, la cual ha de responder a la realidad ontológica de su sacerdocio, deba tener como centro la vivencia del Cuerpo de Cristo. De otro modo pudiéramos también decir que la espiritualidad del sacerdote, bajo este punto de vista, ha de ser una espiritualidad de cuerpo místico de Cristo en el sentido etimológico y originario del término.

La designación «místico» es de la misma raíz de «misterio». Y «misterio» era el término más frecuentemente empleado al referirse a la Eucaristía. No es extraño, pues, que ya en la misma época patristica encontremos por ejemplo, la expresión «cuerpo y

sangre místicos» en San Juan Crisóstomo (s. IV) (7); con ello significaban el cuerpo de Cristo en el misterio o en el sacramento.

El mismo empleo eucarístico predomina entre los teólogos hasta el s. XI. Cuando Berengario habla más bien «simbólicamente» del cuerpo eucarístico, empieza, por reacción, a retroceder este uso, y es sustituido por «corpus verum» (8).

La Iglesia, la cual en los primeros siglos era designada sencillamente, como en S. Pablo, «Corpus Christi», siguió siendo llamada del mismo modo aun en la Edad Media. Pero ya en el siglo IX nos encontramos con que Rabano Mauro, quien reserva la apelación «Cuerpo místico» a la Eucaristía, escribe: «Ecclesia Catholica, quae mystice corpus est». Pedro Lombardo († 1160), en un contexto también eucarístico, emplea la expresión «caro mystica» para designar a la Iglesia. Magister Simon en su tratado de Sacramentis, compuesto hacia 1150, es el primero de quien sabemos que ha llamado a la Iglesia «corpus mysticum» en un contexto tan eucarístico como éste: «In sacramento altaris duo sunt: id est, corpus Christi verum, et quod per illud significatur; corpus eius mysticum, quod est Ecclesia». Existen otros testimonios de esta época, de suerte que podemos afirmar que la Iglesia comienza a ser llamada «corpus mysticum» en la segunda mitad del s. XII, y parece que esta expresión se extiende rápidamente. «Mysticum» no es más que una contracción de «mystice significatum».

En virtud de la ley de transferencia de propiedades, el epíteto «místico» que designaba a la Eucaristía significante, epíteto que ahora ha quedado privado de su empleo eucarístico, puede pasar y pasa a la Iglesia significada.

Por una serie de circunstancias en las que ahora no podemos detenernos, el término «cuerpo místico» aplicado a la Iglesia perdió pronto desgraciadamente su conexión eucarística.

Históricamente comprobamos el hecho de que entre los tres términos que había que armonizar entre sí, a saber, cuerpo de Cristo histórico, cuerpo de Cristo sacramental, cuerpo de Cristo eclesial, en el s. XI con las controversias eucarísticas se rompió la unidad entre el primero y el segundo, mientras que después vino a ponerse la separación entre el cuerpo de Cristo sacramental y el cuerpo de Cristo eclesial.

La consecuencia funesta, aunque inevitable, fue acentuar el realismo del cuerpo de Cristo eucarístico, pero dejando de lado su aspecto «sacramental», significativo de la unidad eclesial.

(7) Cf. J. SOLANO, S. I., *Textos eucarísticos primitivos* [B.A.C. n. 88] Madrid 1952, 1, 720.

(8) Para el ulterior desarrollo de lo que exponemos aquí históricamente sobre el cuerpo místico, véase H. de LUBAC, S. I., *Corpus mysticum. L'Eucharistie et l'Eglise au moyen-âge*. Paris, 1949.

Con ello los desarrollos cada vez más intensos de la piedad eucarística se orientaron más fácilmente en el sentido de una devoción demasiado individualista, y así uno de los progresos más espléndidos en la historia de la vida cristiana dejó de llevar alguno de sus mejores frutos.

Hoy se han vuelto a oír voces autorizadas, a propósito del esquema de «Ecclesia» presentado en la segunda sesión del Concilio Vaticano II, voces que reclaman la presencia de la Eucaristía en el esquema de la Iglesia.

La Iglesia y la Eucaristía se hacen cada día la una por la otra: la idea de la Iglesia y la idea de la Eucaristía deben de modo parecido ser promovidas y ser profundizadas la una por la otra.

Hemos de volver a vivir con los padres y los antiguos teólogos en el único sacrificio la unidad de «los tres cuerpos» de Cristo, según una terminología medieval muy extendida.

Ni puede limitarse ahora ya nuestra espiritualidad sacerdotal a vivir así el momento de la celebración eucarística.

En la bendición con el Santísimo vemos que, conforme al espíritu litúrgico, se entona la Communion de la Misa del día; ello nos habla de la relación de Cristo sacramentado con la participación sacramental en el sacrificio eucarístico.

Idéntica relación guardan, en su sentido más profundo, las llamadas «visitas al Santísimo»: son un manifestarle al Señor que deseamos permanecer unidos con El sacramentalmente.

Así estamos renovando y perpetuando a lo largo del día la Comunión sacramental.

Por una doble ulterior virtualidad es la espiritualidad de «cuerpo místico» el centro de la vida sacerdotal según la doctrina paulina.

a) San Pablo ha tenido el mérito de construir una síntesis de todas las prescripciones morales en función de la ágape. Unido vitalmente a la caridad divina, el creyente no puede ser definido sino por la agape; ésta es el valor cristiano supremo y absoluto, expresión del «ser cristiano», cuya vida moral es el dinamismo del amor.

El camino para la caridad lo expone S. Pablo en su carta a los Filipenses: no buscar la gloria vana, sino por humildad considerar a los demás como superiores, y no tener delante únicamente los propios intereses sino también los de los otros. El Apóstol fundamenta esta su enseñanza en el ejemplo de Cristo, el cual renunció a la gloria propia de Dios, y se abajó hasta la muerte.

La Eucaristía perpetúa esta muerte de cruz, y nos habla así de este ejemplo de Cristo, que es el que nos ha de mover a tener la auténtica caridad.

Si no buscáramos la estima propia vana, si tuviéramos a los demás por superiores, si pensáramos en los intereses de los otros, la caridad nos sería fácil, y realizaríamos la prueba suprema de la verdad del cristianismo.

b) La segunda virtualidad a que aludíamos es la de que la espiritualidad que estamos llamando de «cuerpo místico» opera prácticamente la síntesis de esta tendencia espiritual tan central de la caridad con la otra dirección enteramente fundamental, que es el amor personal a Cristo.

Sería superfluo tratar de exponer cómo la enseñanza y la vida de San Pablo están centradas en N. S. Jesucristo: «Y ya no vivo yo, sino Cristo vive en mí» (Gal 2,20); «para mí el vivir es Cristo» (Phil 1,21). Este Cristo es «el Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2,20).

El «cuerpo místico» forma el lazo de unidad entre aquellos otros dos cuerpos de Cristo, que encontrábamos designados con el apelativo de cuerpo de Cristo por San Pablo: el cuerpo de la cruz y resurrección y el cuerpo sacramental. El Cristo que murió y resucitó es el Cristo cuya muerte anuncia la celebración eucarística (cf. 1 Cor 11,26), y su cuerpo sacramental es el que hace que todos seamos un solo cuerpo, el cuerpo de Cristo, el cuerpo de Cristo que estamos ahora llamando místico (Cf. 1 Cor, 10,17).

Para los sacerdotes es de singular importancia esta ventaja de la síntesis a la que nos referimos. Nos es particularmente difícil evitar la tensión psicológica entre una entrega personal al Señor Jesús y una entrega total a los demás, en los cuales sabemos que se halla el Señor (cf. Mt 25,40.45). Es la tensión que cede en el retraimiento de una santificación más personal o en el desbordamiento de una actividad más disipada.

El centrar nuestra espiritualidad en el Cuerpo de Cristo que llamamos místico, nos hará no alejar jamás del centro de nuestra vida espiritual al Señor, y en El encontrar su cuerpo, que es la Iglesia, y consiguientemente a todos los hombres.

2) *El sacerdote como apóstol.* «Os exhorto a ser imitadores míos (1 Cor 4, 16): «Sed imitadores míos, como yo de Cristo» (1 Cor 11,1). Esta invitación vale de modo particular para quienes participan no sólo la vida cristiana sino la misma misión apostólica de San Pablo. Nos bastará, pues, recoger el ejemplo del gran Apóstol para ver cuál ha de ser nuestra espiritualidad.

Por límites de espacio nos ceñiremos a tres aspectos del apostolado paulino, y ellos nos permitirán apreciar hasta qué punto vivía él la doctrina del Cuerpo de Cristo, enseñada tan expresamente por él, desarrollada y presentada por él mismo como motivo decisivo del obrar cristiano.

a) «No puede decir la cabeza a los pies: no me sois necesarios» (1 Cor 12,21). San Pablo tenía conciencia de lo necesario que le eran a él los fieles para su apostolado, cuando acudía a ellos pidiéndoles oraciones: «Por lo demás, hermanos, rogad por nosotros: que la palabra del Señor prosiga su carrera, y sea honrada como lo es entre vosotros» (2 Thess 3,1), y las pide con tal insistencia que escribe a los Romanos: «Os recomiendo, hermanos,

que luchéis a mi lado con vuestras oraciones, que dirigís a Dios por mí, para que escape de los rebeldes que están en la Judea...» (Rom 15,30).

San Pablo tenía de entre los simples fieles auténticos colaboradores en el apostolado (cf. Rom 16,1. 3-4. 9, etc.); y a los filipenses llega a llamarlos «copartícipes» de su propia gracia (Phil 1,7), y les dice que tienen «comunión» con el Evangelio (Phil 1,5).

b) Otro rasgo de los miembros del cuerpo descritos por San Pablo, es el de que: «si sufre un miembro todos los demás sufren con él; si un miembro es honrado, todos los demás se congratulan» (1 Cor 12,26). El Apóstol apostrofaba a sus cristianos: «¿Quién desfallece, que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?» (2 Cor 11,29). «Mi carga cotidiana, había dicho él, la solicitud por todas las iglesias» (1 Cor 11,28).

«Gozad con los que gozan, llorad con los que lloran» (Rom 12,15), era la recomendación de San Pablo; y de sí mismo refiere: «Me hice judío con los judíos... Me hice débil con los débiles... Me hice todo para todos...» (1 Cor 9,20,22).

c) Pero quizás lo que más indique cómo vivía San Pablo la realidad del Cuerpo de Cristo es que, lejos de considerar él que los fieles están para él, se tiene él como «esclavo» de la comunidad: «y a nosotros mismos [nos consideramos] esclavos vuestros por causa de Jesús» (2 Cor 4,5).

C) *Conclusión.* El sacerdote está ordenado «sin división» al culto de Dios, que en el Nuevo Testamento es esencialmente el sacrificio eucarístico, y está puesto para bien de los hombres.

La doctrina paulina del Cuerpo de Cristo es aptísima para centrar la espiritualidad sacerdotal en ambas direcciones, reduciéndolas a la unidad de Cristo sacramentado, y proporcionando el programa y el estímulo más eficaces para realizar el plan divino de la incorporación de los hombres en Jesucristo «para gloria de Dios Padre» (Cf. Phil 2,11).

JESÚS SOLANO, S. I.
Profesor de Teología. Facultad de S. Francisco Javier. Oña (Burgos).

BIBLIOGRAFIA

* **Bibliografía.** Omitimos los Comentarios a las cartas de San Pablo, para citar únicamente bibliografía particular desde 1960. En estos escritos se encontrará la abundantísima bibliografía anterior.

P. DACQUINO, *Ecclesia corpus Christi secundum Apostolum Paulum: Verbum Domini* 38 (1960) 292-300; J. HAVET, *La doctrine paulinienne du «Corps du Christ»*: *Recherches Bibliques* 5 (1960) 185-216; J. LUZZI, S. I., *La noción paulina de SOMA en función del tema: «Iglesia, Cuerpo de Cristo»*. Buenos Aires 1960; M. D. PHILIPPE, O. P., *Mystère du Corps Mystique du Christ*. Paris 1960 (el cap. II está dedicado a San Pablo); J. PFAMMATTER, *Die Kirche als Bau. Eine exegetisch-theologische Studie zur Ekklesiologie der Paulusbriefe* [Analecta Gregoriana 110]. Roma 1960; B. M. AHERN, *The Christian Union with the Body of Christ in Cor, Gal and Rom: The Catholic Biblical Quarterly* 23 (1961) 199-209; B. MARIANI, O.F.M., *Corpo-Anima — Spirito in San Paolo: Euntes Decete* 14 (1961) 304-318; E. SCHWEIZER, *Die Kirche als Leib Christi in den paulinischen Homologumena: Theologische Literaturzeitung* 86 (1961) 161-174; ID., *Die Kirche... in den... Antilegomena: o.c.*, 241-256; P. DACQUINO, *De Christo capite et de Ecclesia eius corpore secundum S. Paulum: Verbum Domini* 40 (1962) 81-88; J. KNOX, *The Church and the Reality of Christ*. New York 1962; *L'Eglise dans la Bible*. Bruges 1962, 85-93 y 95-115 (L. OUELLETTE y H. PARADIS); M. ADINOLFI, O.F.M., *Le metafore greco-romane della testa e del corpo e il Corpo mistico di Cristo: Analecta Biblica* 17-18 (1963) 2, 333-342; A. M. DUBARLE, O.P., *L'origine dans l'Ancien Testament de la notion paulinienne de l'Eglise Corps du Christ: o.c.*, 1, 231-240; R. S. SELTON, C.S.C., *The Church as the Body of Christ*. Notre Dame, Indiana 1963 (B. AHERN, C.P.).